

ROMANCE DE JOSÉ CONDE

Enrique González Rojo

Edición comentada

Mariana Estrada



 LECTURAS
VALENCIANA



UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO

Romance de José Conde

COLECCIÓN LECTURAS VALENCIANA

11

ROMANCE DE JOSÉ CONDE



Enrique González Rojo

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



2022

DIRECTORIO

Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino

Rector general

Dra. Cecilia Ramos Estrada

Secretaria general

Dr. Sergio Antonio Silva Muñoz

Secretario académico

Dra. Teresita de Jesús Rendón Huerta Barrera

Rectora del Campus Guanajuato

Dra. Claudia Gutiérrez Padilla

Secretaria académica del Campus Guanajuato

Dr. Miguel Ángel Hernández Fuentes

Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Dra. Krisztina Zimányi

Secretaria académica de la División de Ciencias

Sociales y Humanidades

Dr. Andreas Kurz

Director del Departamento de Letras Hispánicas

Dr. Felipe Oliver Fuentes Krafczyk

Coordinador de la Licenciatura en Letras Españolas

Mtra. Flor E. Aguilera Navarrete

Coordinadora de la Colección Lecturas Valenciana

Romance de José Conde

Primera edición electrónica de esta Colección, 2022

D.R. © De los textos: los autores

D.R. © De las ilustraciones: los autores

D.R. © De la edición:

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Campus Guanajuato

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Departamento de Letras Hispánicas

Lascuráin de Retana núm 5, zona centro,

C.P. 36000, Guanajuato, Gto., México

La Colección Lecturas Valenciana es un proyecto editorial estudiantil que forma parte del curso de profesionalización “Corrección y edición de textos”, a cargo de la Mtra. Flor E. Aguilera Navarrete, de la Licenciatura en Letras Españolas.

Diseño de portada: Flor E. Aguilera Navarrete

Grabado de portada: Hortensia Aguilera

Corrección: Estefanía Toledo y Flor E. Aguilera Navarrete

Maquetación: Flor E. Aguilera Navarrete

Coordinación editorial: Flor E. Aguilera Navarrete

Apoyo editorial: Sofía Espino Mandujano

ISBN: 978-607-441-728-9 (de la obra completa)

ISBN: 978-607-441-915-3 (del volumen)

Se autoriza cualquier reproducción parcial o total de los textos de la publicación, incluyendo el almacenamiento electrónico, siempre y cuando sea sin fines de lucro o para usos estrictamente académicos, citando siempre la fuente y otorgando los créditos autorales correspondientes.

Hecho en México • *Made in Mexico*

CONTENIDO

| | |
|------------------------------|----|
| Presentación | 11 |
| <i>Anuar Jalife Jacobo</i> | |
| Sobre las ediciones | 15 |
| <i>Andreas Kurz</i> | |
| ROMANCE DE JOSÉ CONDE | |
| <i>Enrique González Rojo</i> | |
| Advertencia editorial | 19 |
| Estudio introductorio | 23 |
| <i>Mariana Estrada</i> | |
| Romance de José Conde | 45 |



Enrique González Rojo

25 de agosto de 1899-9 de mayo de 1939

PRESENTACIÓN

Roberto Calasso, en *Cien cartas a un desconocido*, señala que al editor debe exigírsele un mínimo irrenunciable: “encontrar placer en los libros que publica”. Quizás a un joven estudiante de literatura se le podría pedir algo similar: apropiarse con placer de sus aprendizajes universitarios. La Colección Lecturas Valenciana consigue engarzar los placeres de la lectura, la escritura y la publicación a través de sus dos vertientes, tan distintas como complementarias. La primera nace del interés de sus jóvenes editores por difundir una serie de obras clásicas de nuestra literatura —con autores que van de Juana Inés de la Cruz a Antonieta Rivas Mercado, pasando por Ignacio Ramírez, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel Acuña, Laura Méndez de Cuenca y Efrén Rebolledo, por mencionar algunos—, cuya selección es fruto de lo aprendido durante sus años de formación, del conocimiento y el reconocimiento de una tradición, del cultivo de una sensibilidad individual y de la expansión de la propia curiosidad.

La segunda surge de una vocación reflexiva que exige situarse de modo formal en los estudios literarios para realizar cuidadosamente una edición comentada como las que aquí se presentan. El resultado es la construcción de un espacio caracterizado por el rigor literario, el rescate del patrimonio intelectual y el cuidado editorial, para que jóvenes editores mexicanos publiquen sus primeras obras y salgan al encuentro de sus lectores. Se trata de un ejercicio con un carácter formativo y profesional, donde nuestros estudiantes ponen en práctica buena parte de lo aprendido durante sus años de estudio y lo llevan fuera de las aulas.

La aparición de esta colección es una muestra de los esfuerzos realizados en el programa de la Licenciatura en Letras Españolas de la Universidad de Guanajuato para favorecer el desarrollo de competencias profesionales por parte de sus estudiantes y mejorar sus oportunidades de incorporarse al mundo laboral al momento de egresar. Destaca entre estos esfuerzos, los de la profesora y editora Flor E. Aguilera Navarrete, quien, en sus cursos de “Corrección y edición de textos”, ha conseguido crear un semillero de jóvenes editores universitarios que hoy nos entregan sus primeros títulos. En alguna ocasión, Rafael Solana, editor de la emblemática revista *Taller Poético*, en su artículo “*Barandal, Taller Poético, Taller, Tierra Nueva*”, antologado en *Las revistas literarias de México*, se preguntaba: “¿Quién de todos nosotros [...] no soñó alguna vez, en la edad

en que esas cosas suceden, en publicar una revista?”
La misma pregunta valdría para la publicación de un libro. Hoy los jóvenes editores de la Colección Lecturas Valenciana cumplen ese sueño.

Dr. Anuar Jalife Jacobo
Profesor de la Licenciatura en Letras Españolas

SOBRE LAS EDICIONES

En el mundo científico y académico se desarrolla, desde cientos de años, una discusión fastidiosa que, se escriba lo que se escriba, jamás terminará ni encontrará solución. ¿Las metodologías de ciencias duras y blandas se diferencian? ¿Las humanidades aportan conocimientos sólidos y duraderos? ¿Filosofía, literatura, historiografía y sociología son ciencia o no lo son? Estas preguntas resumen la discusión y, por supuesto, se trata de preguntas que son falacias porque no puede haber respuestas. El sentido común percibe las cuestiones que trata, por ejemplo, el estudio de las literaturas de regiones y épocas diversas como simple y vulgarmente inútiles, como vaguedades y pasatiempo de gente que se aburre. El sentido común no siempre acierta. El estudio de las literaturas genera un discurso que, en un mundo ideal, podría ser un regulador ético para otros discursos que sí son útiles y, porque son útiles, peligrosos: la técnica, la política, la física, la química, etcétera. Los estudiosos de las literaturas podríamos decir —en nuestros

libros, artículos, discursos y clases inútiles— que aún hay algo así como una responsabilidad ética, un ¡hasta aquí!, para las ciencias duras y los discursos que forman y moldean nuestras sociedades. Sin embargo, ya no sabemos qué nos da el derecho de sentirnos instancias morales. Tanto el comportamiento de la Academia, como nuestros estudios cada vez más metafísicos y vagos, cada vez más con base en teorías autorreferenciales, en postulados que sólo se explican a sí mismos, nos quitan este derecho. Urge que los estudiosos de literatura, filosofía e historia se reconcentren en objetos concretos, en libros, textos, manuscritos, documentos. Urge que aceptemos que nuestras disciplinas, como la física, la química y las matemáticas, antes de analizar y fraccionar, deben proporcionar datos, tener un corpus que se pueda estudiar.

La gran tradición y el bello arte de la edición de textos actualmente no tiene la posición destacada en nuestras universidades e instituciones que debería tener. Muchas veces basamos nuestros análisis y búsquedas de sentido en textos mal editados o manipulados, en textos que, antes de que se inicie el proceso de investigación, falsifican los datos que vamos a investigar. Al mismo tiempo, mucho de lo escrito en siglos pasados corre el peligro de perderse porque falta el editor paciente que lo rescate y lo presente en forma digna y confiable a los lectores e investigadores actuales.

En este sentido, hay que dar una acogida entusiasta al proyecto de la Mtra. Flor Aguilera y de sus

estudiantes, un proyecto que, desde el aula, procura proporcionar esta base científica, los datos duros que también las ciencias blandas producen. Sin esta base no puede haber humanidades. Las ediciones presentadas en esta colección son un inicio y, más importante, una motivación para los estudiosos de las letras: sí se puede hacer ciencia, sí se puede ser útil ocupándose de cosas inútiles y bellas.

Dr. Andreas Kurz

Director del Departamento de Letras Hispánicas

ADVERTENCIA EDITORIAL

Esta edición de la Colección Lecturas Valenciana presenta un poema de largo aliento póstumo de Enrique González Rojo (1899-1939), publicado por vez primera en 1939. Se trata de un romance que versa sobre los hechos heroicos de José Conde, un hombre que entregó su coraje a la Revolución mexicana y que se convirtió en la leyenda personal del poeta. González Rojo es una figura reconocida por formar parte del grupo literario de los Contemporáneos, a pesar de que su obra ha quedado “extraviada” —como denomina el crítico Evodio Escalante— dentro del marco de la literatura mexicana del siglo xx.

La primera edición del *Romance de José Conde* fue publicada en la revista *Letras de México*, núm. 5, vol. II, el 15 de mayo de 1939, seis días después de la muerte de González Rojo; el poema está acompañado de una caricatura de González Rojo hecha por Saturnino Herrán (1887-1918) y de un texto titulado “Vida y poesía” que escribió Bernardo Ortiz de Montellano sobre el poeta. Posteriormente fue editado como libro por Ediciones Letras de México en ese

mismo año. Así, el poema se dio a conocer en una gallarda publicación acompañada por las ilustraciones de Agustín Lazo (1896-1971), considerado el pionero del surrealismo en el arte mexicano. Después de esta edición, no fue sino hasta 1982 cuando esta obra vio la luz en una colección preparada por Héctor Valdés: *Los contemporáneos. Una antología general*. En 1987, *Romance de José Conde* se volvió a publicar en la edición que Guillermo Rousset Banda y Jaime Labastida prepararon sobre las obras completas de González Rojo, editada por la ya desaparecida editorial Domés, en conjunto con el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA). Hermanado de este proyecto, Labastida realizó una nueva edición de la obra completa, publicada ahora por Siglo XXI, El Colegio de Sinaloa y la Universidad de Occidente en el 2002. Hasta el día de hoy, la versión más reciente que se cuenta de este poema de largo aliento se ubica en el libro *Romance de José Conde y otros poemas póstumos*, preparado por Enrique González Rojo Arthur (hijo del poeta Contemporáneo), y publicado en 1996 por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).

Ante la atención prestada al legado literario de González Rojo respecto al limitado número de publicaciones que reúnen el trabajo de toda una vida escritural, la edición que aquí se presenta está trabajada a partir de tres obras: la publicación inicial realizada en *Letras de México* de 1939, la antología de Héctor Valdés de 1982 y la edición de 1987 de Rousset Banda y Labastida. Se incluye la caricatura

de Saturnino Herrán, aunque en disposición distinta a la publicación original de la revista.

Al ser el resultado de un ejercicio comparativo, esta versión del poema se apega mucho más a la edición de 1987, tomando como ejes rectores la consistencia temática, el sentido unitario de las estrofas y el empleo rítmico del poema, esencialmente. Los cambios formales que se han realizado son menores y atienden a la recepción actualizada de la obra; tal como la omisión de acentos en palabras monosílabas, como *fue*, por ejemplo, correspondiendo a las últimas normas generales de acentuación establecidas por la Real Academia Española (RAE). A excepción de un par de versos, las tres ediciones conservan una semejanza armónica respecto a la unidad de la obra. Es importante destacar que el apartado aquí presentado como “Envío” parece ser un componente añadido, o bien, una omisión anterior. Así lo deja ver la primera edición publicada en *Letras de México*, que carece de este apartado. Las versiones de 1984 y 1987 permiten concebir que la consistencia y el valor unitario del *Romance de José Conde* incluyen el “Envío”, que no puede ser un paratexto porque remite a una despedida o a una conclusión de las hazañas del héroe que ya fueron cantadas.

Esta edición busca sumarse al eco que estimule el interés en la obra del poeta.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Mariana Estrada

El romancero es una herencia poética y un elemento de transculturación que toma realce en la producción novohispana a la sombra de los Siglos de Oro españoles. Los cantares populares, romances, villancicos y sonetos fueron traídos a las Indias de manera oral por los conquistadores. Estas composiciones fueron incorporándose paulatinamente en los pueblos, bajo una tonalidad cronística, y se conservaron a través de la memoria y la recolección escritural.

Desde el siglo XIX, el romance en México comenzó a tener mayor resonancia.¹ Había un interés consistente en recoger el romancero local del país,

¹ No se omite, por supuesto, la importancia de los romances escritos en los siglos anteriores que fueron posteriormente rescatados y reconocidos bajo una pluma creadora individual. Un ejemplo que no se podría pasar por alto son los romances que compone Sor Juana Inés de la Cruz.

concebido como un proyecto poético que pronunciaba —además de un discurso a favor de exponer las circunstancias de algún hecho social, como la contingencia política— la conciencia de la memoria histórica. Así se pueden recordar obras como *El romancero nacional* (1885) de Guillermo Prieto, prologado por Ignacio Manuel Altamirano. Este proyecto lírico de carácter popular fue destacado por compilar romances de diferente índole que efectuaron como memorias de la Independencia, y que, en palabras de su autor, buscaba “excitar el amor a la Patria y la veneración de nuestros héroes”.²

Entrado ya el siglo xx, la labor de Marcelino Menéndez Pelayo, centrada en la recolección sistemática de los textos orales, ayudó a poner los ojos en un nuevo giro dentro del panorama de la literatura mexicana. Esto, en conjunto con los estudios críticos de Pedro Henríquez Ureña y Antonio Castro Leal acerca del romance tradicional y del corrido, cosecharon una semilla sobre la importancia que estas formas poéticas han tenido dentro de la historia literaria del país. De esta manera, derivaron nuevos proyectos sumados a este discurso, tal como el libro publicado por la Secretaría de Educación Pública (SEP), *Romances de la Guerra de Independencia*, donde se recolectaron voces como las de Rafael Nájera, Guillermo Prieto, Gustavo Baz, Juan de Dios Peza, Fulgencio Vargas y Ezequiel A. Chávez.

² Prieto, 1885, p. 193.

Así como sucedió con la Independencia, durante el siglo xx la Revolución mexicana resultó ser un *leitmotiv* para muchas expresiones artísticas del país: el origen social del conflicto armado, las experiencias marcadas en la vida de los mexicanos y los testimonios de profunda violencia y corrupción derivaron en un espíritu cultural particular, marcado por la conciencia de opresión, por un optimismo beligerante (muchas de las ideas incitaban al pueblo por la lucha de sus derechos) y por retratar una visión realista de la vida cotidiana.

El triunfo de la Revolución mexicana y la etapa de régimen posrevolucionario fueron momentos para restablecer la construcción nacional. La búsqueda de valores para una afirmación identitaria determinó el giro que adquirirían muchos ámbitos sociales públicos, donde la actitud hacia la cultura y hacia la literatura en general no estuvo menos influenciada. En la segunda década de este siglo, la exaltación del nacionalismo cultural se hizo presente mediante la campaña educativa que José Vasconcelos implementó de la mano del presidente Álvaro Obregón, en la cual el interés por las artes tomó un protagonismo especial. Bajo este contexto, algunas agrupaciones del campo literario se vieron cubiertas, perfilando su ideología, sus modelos e intenciones escriturales bajo los senderos de la literatura de contenido social y revolucionario. Así, comenzaron a crearse obras que actualmente son clasificadas dentro de la crítica literaria como narrativas de la Revolución y literatura revolucionaria.

De este modo, hacia las primeras dos décadas del siglo xx, los valores nacionales —la libertad, la justicia, el heroísmo y la vena popular— fueron cultivándose en la producción literaria de varios escritores: se asentaron en la pluma de Alfonso Reyes, Enrique González Martínez y Enrique Díez-Canedo; de algunos pertenecientes a la generación del Ateneo de México que se formó en 1909, y que tomaba por batalla el desinterés cultural y por misión la constitución de una nueva educación nacional; y de algunos que formaron parte del llamado grupo de los Siete Sabios, que en 1916 significó el renacimiento del Ateneo, recuperando sus principios bajo el objetivo de propagar una cultura sociológica.³ Todos estos autores cultivaron el romance, ya sea a través de la composición poética o mediante estudios críticos dedicados a dicho género poético, con el fin de sumar voces a la reconfiguración de la identidad nacional del país.

El contexto histórico-artístico del nacionalismo también influyó la pluma de los escritores del gru-

³ El término *cultura sociológica* es tomado aquí literalmente de las palabras de Guillermo Sheridan en su libro *Los contemporáneos, hoy*, en donde hace un repaso de los grupos generacionales que precedieron e influenciaron al grupo de Contemporáneos. En este contexto, se comprende *cultura sociológica* bajo el acento que le da Pierre Bourdieu: la suma de todas las precisiones que encierra la cultura (conocimientos, creencias, moral, costumbres, capacidades adquiridas y manifestadas del hombre en sociedad), vista desde la concepción de diferentes perspectivas de clase; así, el estudiante se propone ocuparse a cabalidad de todos los problemas culturales a través del dominio y propagación de los medios públicos de índole cultural.

po literario de los Contemporáneos —conocidos también como El Grupo sin Grupo—, quienes además se vieron enmarcados por el nacimiento de las vanguardias artísticas europeas: del otro lado del Atlántico, la producciones poéticas de Jean Cocteau, André Gide, Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset y Charles Baudelaire fueron su significativo legado.

A pesar de que El Grupo sin Grupo se caracterizó por inclinarse hacia la creación de una poesía pura, hacia una composición poética intelectual prescindida de la historia, sus autores sí que estaban enmarcados en una conciencia histórica: se encontraban rodeados de manifiestos nacionales puestos en marcha desde diferentes expresiones artísticas. Su colindancia con el muralismo, el estridentismo, sus miras hacia las vanguardias y su cercanía con los autores coetáneos de España (especialmente con los de la Generación del 27)⁴ fueron aspectos que in-

⁴ Resulta importante resaltar cómo la Generación del 27 (y su estrecha relación con el Siglo de Oro), así como la fuerte influencia que legó Juan Ramón Jiménez (autor de *Eternidades*) es determinante en reconocer el camino por el que recorre el romancero en América, específicamente en México. Autores como Federico García Lorca, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre y hasta Antonio Machado cultivaron el género y resonaron en la pléyade de los Contemporáneos, quienes llegaron a tener una relación estrecha con los españoles, en respuesta a su ávido interés por las manifestaciones culturales contemporáneas de diferentes latitudes. La naturaleza de este estudio introductorio no permite reparar profundamente en este aspecto, pero vale la pena ahondar el puente que se traza entre los escritores españoles de esta generación y los de El Grupo sin Grupo respecto a este asunto.

fluyeron en ellos, lo cual les ayudó a aprehender el romance como un vehículo expresivo para dar tratamiento a los temas, alejados ya de una “tendencia” relacionada con la afirmación nacional.

Así, vemos obras poéticas que se siembran en torno a esta forma compositiva, como “Romance”, “Romance del agrio sol”, “Romance de amor fugaz” y “Elegía en romance libre a Carmelo Pérez” de Bernardo Ortiz de Montellano; “Romance”, “La orilla del mar” y “¿Quién me compra una naranja?” de José Gorostiza; “Romance de Angelillo y Adela” y “Breve romance de ausencia” de Salvador Novo; y “Romance de José Conde” de Enrique González Rojo, obras que se hermanan por un interés vertido hacia el género como inclinación poética y hacia sus elementos estilísticos.

La revista *Contemporáneos* se ve también permeada por aspectos que resaltan una tendencia apuntalada al interés por esta forma compositiva. Salvador Novo, Renato Leduc, Bernardo Ortiz de Montellano y Emilio Abreu Gómez fueron algunos autores dedicados a reseñar, editar y a hacer artículos críticos en torno al romance.⁵ Siguiendo con

⁵ De aquí se podrían resaltar algunas obras publicadas: “una reseña de Ortiz de Montellano al *Romancero gitano* de Lorca, número 4, septiembre de 1928; *Épica popular. Corrido de Julián Bracho*, número 10, marzo de 1929; una reseña de Emilio Abreu Gómez para *Flor de romances nuevos*, de Menéndez Pidal, número 5, octubre de 1928; un artículo de Luis Chávez Orozco, *El romance en México*, que habla de la influencia que tuvo la épica peninsular en el arrojado de los conquistadores y, poste-

las palabras de Guillermo Sheridan, quizá haya sido Ortiz de Montellano quien en la revista *Contemporáneos* cimbró con mayor tesón la semilla del folclor nacional (frente a Gorostiza, Novo o Bodet), pero pareciera que su esfuerzo no llega a consumarse del todo. Ortiz de Montellano se intenta acercar a la canción popular y cultiva un particular interés por el folclor: “Intenta reunir al romance popular con la imaginería cultista de la hora, y el resultado también es curioso”.⁶ En comparación con Ortiz de Montellano, y al ver en panorama el legado de los *Contemporáneos*, pareciera que González Rojo fue el único que logró recoger en su lírica la experiencia de la Revolución sin perder de vista su perfil estético. El poeta, dice González Rojo Arthur, “tiene un pie puesto en lo popular y otro en lo culto. Parece escoger a Jano como su musa. Se desenvuelve con el mismo entusiasmo y hasta pasión en ambos niveles y no cabe la menor duda de que lo hace con la misma soltura, vibración lírica y seguridad técnica”.⁷ Como lo deja ver su *Romance de José Conde*, González Rojo fue el único que proyectó un espíritu auténtico en torno a la marca que dejó la Revolución mexicana en la

riormente, en las versiones cronísticas, número 25, junio de 1930. Se publicaron además *Romance del emigrante*, de Renato Leduc, números 38-39, julio-agosto de 1931; y *Breve romance de ausencia*, de Salvador Novo, números 40-41, septiembre-octubre de 1931” (Gutiérrez, 2004, p. 19).

⁶ Sheridan, 1985, p. 189.

⁷ González Rojo Arthur, 1996, p. 45.

segunda década del siglo xx; en palabras de Rousset Banda, *Romance de José Conde* es, junto con *El héroe* —poema también de González Rojo—, una obra que resalta de entre las escritas por los Contemporáneos, gracias a que recupera de manera excepcional formas populares con carácter social y una posición política connotada con claridad.

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO DESDE UN RESQUICIO

Enrique González Rojo (1899-1939), poeta sinaloense “De espíritu alegre, feliz y risueño”,⁸ hijo del también poeta Enrique González Martínez y padre del escritor y filósofo Enrique González Rojo Arthur, perteneció a la generación literaria en México conocida como el grupo de Contemporáneos; fue alumno en la Escuela Nacional Preparatoria durante el periodo 1914-1918 junto con Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano y José Gorostiza Alcalá, con quienes compartió una condición social que los hermanaba por ser miembros de una “clase victimada por la Revolución”:⁹ eran sucesores de padres revolucionarios o de padres funcionarios comprometidos políticamente en torno a las vertientes derivadas de este conflicto social.

⁸ Novo, 1964, p. 234.

⁹ Sheridan, 1985, p. 38.

Frente a sus compañeros de generación, González Rojo tuvo una corta vida que la crítica literaria atribuye de manera sucinta como causa de la breve producción escritural frente a la del resto de Contemporáneos. González Rojo ideó, cultivó, sembró y maduró su voz para dar vida al nuevo Narciso al darle muerte,¹⁰ y a su viaje poético dentro y fuera de la “cámara adoselada”¹¹ en contados poemarios, tales como *El puerto y otros poemas* (1923), *Los cuatro mares* y *La pajarita de papel* (1925), *Espacio* (1926), *Viviendo en el mar* (1927) y *Elegías romanas* (1941). El paso del tono descriptivo al tono intimista, los motivos poéticos que remiten los propios títulos de sus poemarios, así como las combinaciones métricas clásicas, fusionadas con la rima grave asonante, son aspectos que brindan carácter a su obra. Además de esto, resulta importante resaltar que la carrera del poeta también se vio marcada por las diversas colaboraciones que tuvo en proyectos editoriales de naturaleza periódica y en múltiples suplementos culturales, como las revis-

¹⁰ Motivo poético que contrasta con la voz del escritor cubano José Lezama Lima y que reconoce, más bien, un eco cercano en la obra de Enrique González Martínez respecto a su libro *El nuevo Narciso y otros poemas*, puesto que González Rojo parte de este Narciso nuevo para alejarse de él y refundar e instaurar el mito desde su pluma en su poema “Muerte de Narciso”.

¹¹ Metáfora de la interioridad, del cerebro y de la memoria que tiene como referente central el imaginario romántico y simbolista y que es retomada por algunos miembros de El Grupo sin Grupo a propósito de su experiencia de escritura y de vida.

tas *Pegaso*, *San-Ev-Ank*, *Contemporáneos*, *La Falange*, *México Moderno* y *Ulises*.

Existen diferentes circunstancias que han hecho de su poesía una linde explorada en menor medida.¹² A pesar de su popularidad dentro de El Grupo sin Grupo, incitada por su progenitor,¹³ hoy en día sigue resultando un misterio el olvido que se ha hecho al poeta, más allá de dos vislumbres media-

¹² La mayoría de los estudios críticos dedicados a González Rojo se perfilan en sus dos primeros libros: *El puerto y otros poemas* (México, 1924) y *Espacio* (España, 1926). El tiempo es un determinante en el abandono de la obra del autor; sin embargo, la relación entre el olvido y la breve producción literaria no puede concebirse como el factor único de peso. El ejemplo para abrir el panorama ante este argumento se puede ver en la figura de José Gorostiza, quien escribió poco y su obra ha desbordado un manantial de atracciones críticas.

¹³ Enrique González Martínez —el doctor que le había “torcido el cuello al cisne”— fue, al igual que Ramón López Velarde, un maestro para la generación de Contemporáneos (sobre todo para Torres Bodet), quienes comenzaron a perfilar su concepción de *grupo* al elegir como modelo a González Martínez. Los poetas se reunían en su casa a escuchar discusiones literarias y le llevaban a don Enrique sus poemas para pedir su “bendición”. Cabe recalcar que a pesar de la responsabilidad que González Martínez heredó a su hijo, en relación con el peso de su influencia en la literatura mexicana, la obra de González Rojo no se vio opacada por la de su padre: “Mi presencia en su vida lírica fue acaso un estímulo [...] una herencia involuntaria aceptada con alegría interior [...] pero henchido de responsabilidades tremendas. Toda su primera obra revela una lucha sin tregua para liberarse de toda posibilidad de reflejar visiblemente una influencia en mí” (González Martínez, en Sheridan, 1985, p. 58).

tos: su muerte prematura y una posible infortuna editorial. Sin embargo, el proyecto que ha recogido Enrique González Rojo Arthur respecto a los poemas póstumos de su padre¹⁴ ha sido un paso decisivo contra el olvido, para volver a darle presencia al poeta Contemporáneo. En esta linde de recuperación y reedición póstuma, es donde resurge a luz *Romance de José Conde*.

EL ROMANCERO EN LA PLUMA DEL POETA CONTEMPORÁNEO

Seis días después de la muerte de Enrique González Rojo (quien murió el 9 de mayo de 1939, a causa de leucemia), se publicó en la revista *Letras de México* el “Romance de José Conde”, obra de madurez lírica en donde se manifiesta el discurso dialéctico entre la poesía que ve hacia la estética cultista y que al mismo tiempo abraza con logro un hecho social escrito bajo una forma tradicional. El centro de este diálogo se encuentra en los elementos del

¹⁴ Me refiero al libro *Romance de José Conde y otros poemas póstumos*, publicado por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) en 1996. Resulta importante destacar el título que intencionadamente González Rojo Arthur asigna a su libro, pues con ello busca poner de realce el romance como el reflejo de una madurez lírica, junto a otras obras de madurez escritural, como las *Elegías romanas*, el *Estudio en Cristal* y *Sobre la contemplación y muerte de Narciso*.

corrido y del romance que el poeta logra armonizar en su obra.¹⁵

El romance del Contemporáneo conserva elementos tradicionales propios de esta composición poética: la forma métrica tradicional del verso octosílabo, la rima asonante en los versos pares (a pesar de que ésta cambia en cada estrofa), las cuartetos encadenadas y el uso de versos que se repiten en diferentes momentos (por ejemplo, a través del viento con el que la voz poética avanza: “Viento que vino y se fue / sin que sepamos adónde...”). A estos elementos del romance se suman con armonía aspectos varios que apuntan a la esencia del corrido: la presentación del héroe, así como la caracterización de los soldados y de la amada mediante enumeraciones y comparaciones de rasgos físicos, el uso de epítetos con referentes populares, la mención de alguna fecha que ubica los hechos ocurridos, la alusión al héroe sorprendido o traicionado¹⁶ y la narración de una amenaza que se hace a éste, así como la inclusión de un apartado que

¹⁵ Contrario a lo que Novo afirma en su corta novela *El Joven*: “los corridos no son más que cómodos romances imperfectos” (Novo, 2012, p. 34), la obra de González Rojo demuestra la posibilidad de un diálogo consumado entre el corrido y el romance.

¹⁶ A propósito de esto, Marco Antonio Campos señala sobre un patrón que caracteriza a los hechos narrados en los corridos: “[...] y romancescamente va en altanoche a despedirse de la novia o de la madre, o de la querida, y apenas tiene tiempo de saltar al caballo porque lo han sorprendido o lo han traicionado [...]” (Campos, en Gutiérrez, 2004, p. 40).

funge como la despedida del héroe. De esta manera, se ponen en diálogo dos formas poéticas diferentes para cantar motivos populares: el romance y el corrido.

Como se ha mencionado, *Romance de José Conde* fue un poema de madurez. Sus elementos compositivos representan el carácter unitivo de su obra; si esta idea se toma desde la perspectiva del estilo, el poema está escrito en una rima asonante (de incidencia xaxa) que es única en muchos de sus otros poemas, los cuales, apesar de que no se apegan a las características tradicionales del romance, proyectan dentro de sí un entendimiento cabal de la estructura primaria de este tipo de composición. La traslación se convoca desde su escritura temprana en *El puerto y otros poemas*, donde la evidente incidencia del verso alejandrino marca el inicio del panorama que poco a poco va cultivando el poeta; desde que se acercó a la palabra por influencia de su padre y hasta que cosechó su propia actitud ante el lenguaje.

Apesar de que no se conocen las fechas de composición de la obra,¹⁷ gracias a los referentes nominativos que dan carácter al romance podemos comprender (más que el lapso) las condiciones que llevaron al poeta a componer su poema y cómo —aún forman-

¹⁷ Por el deíctico temporal presentado al comienzo del poema, González Rojo Arthur enuncia la hipótesis en *Romance de José Conde y otros poemas póstumos*, que la obra es una continuación de otro de los poemas del Contemporáneo. Se trata de “Mil novecientos once”, poema que forma parte del libro *Espacio* (1926).

do parte del grupo de Contemporáneos— sus interés literarios se sumaron a un tratamiento especial sobre el carácter social de la literatura.

González Rojo cantó a José Conde, su profesor de secundaria que junto a sus cien soldados murió con coraje, enfilado en el Ejército Revolucionario del Sur. José Conde fue la leyenda personal que el poeta aprehendió y adoptó como sinécdoque de la Revolución. La dedicatoria reafirma la filiación que el poeta tenía hacia la poesía social: Marte R. Gómez, un ingeniero agrario que desempeñó una labor diplomática en el país durante el tiempo de posguerra; abrazó la Constitución Mexicana de 1917 y sus ideas agrarias referentes a otorgar la propiedad de la tierra a quienes la trabajan. La profesión del compromiso social de Marte R. Gómez se proyectó en su relación con el mundo artístico: formó un vínculo estrecho con Diego Rivera y tuvo correspondencia con Mariano Azuela, Rodolfo Usigli, Daniel Cosío Villegas y Jaime Torres Bodet. El ingeniero Marte R. Gómez estuvo relacionado con el sur de México a través de su gubernatura en el estado de Tamaulipas, además de que trabajó para Emiliano Zapata como topógrafo de la Comisión Agraria del Distrito de Yautepec. De él se desprende el hilo que vincula las fuerzas revolucionarias zapatistas con el personaje al que le canta González Rojo.

El poema aquí presentado es un canto dilatado y profundo que oscila entre el recuerdo y su arraigada lamentación. Desde la contextualización espacio-

temporal y atmosférica que se desarrolla en los primeros apartados, pasando por la presentación del héroe, inaugurando su entrada montado a caballo y escoltado por su tropa, el poema narra las hazañas de José Conde, sus entereveres amorosos, su apresamiento y huida resuelta, y cómo el héroe llega —por un infortunio de la naturaleza— hasta la muerte. “José Conde corta el viento / con su voz y con su látigo” y el canto se preside por su eco resonante hasta llevarnos a la tumba de este héroe. Entonces el lamento lo conjura: —“¡Pobrecito, José Conde!”—, y luego de enunciar la conclusión de sus hazañas en un “Envío” de despedida, el canto cesa y el romance del poeta termina.

REFERENCIAS

- AGUILERA López, Jorge (2000). *Más allá de la marginación, existe la estética: el compromiso político en la poesía mexicana. Un estudio de Enrique González Rojo*. Tesis de maestría. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- AZUELA, Mariano (1991). *Epistolario y archivo*. Ed. de Beatrice Berler. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- ELIZONDO, Salvador (2002). *Museo poético*, 2ª edición. México: Aldus.
- ESCALANTE, Evodio (2003). *La vanguardia extraviada (El poeticismo en la obra de Enrique González Rojo)*. México: Aldus.

- zález Rojo, Eduardo Lizalde y Marco Antonio Montes de Oca). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- GONZÁLEZ ROJO, Enrique (1976). *El quintuple bailar de mis sentido*. México: Joaquín Mortiz.
- (1987). *Obra completa. Verso y prosa: 1918-1939*. Ed. Guillermo Rousset Banda y Jaime Labastida. México: Editorial Domés / INBA.
- (2002). *Obra completa. Verso y prosa: 1918-1939*. Intr. de Guillermo Rousset Banda. México: Editorial Siglo XXI.
- (1939). “Romance de José Conde”, en *Letras de México*, vol. II, núm. 5.
- GONZÁLEZ ROJO ARTHUR, Enrique (1996). *Romance de José Conde y otros poemas póstumos*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- GUTIÉRREZ ROCHA, José Luis (2004). *El romancero en Contemporáneos*. Tesis de licenciatura. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Novo, Salvador (1964). *Toda la prosa*. México: Empresas Editoriales.
- (2012). *El joven*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.
- OCAMPO, Aurora M. (dir.) (1993). *Diccionario de escritores mexicanos*, vol. III. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- PRIETO, Guillermo (1885). *El romancero nacional*. Prol. de Ignacio M. Altamirano. México: Bi-

biblioteca de México. Recuperado de https://dgb.cultura.gob.mx/libros/dgb/80773_1.pdf.

SHERIDAN, Guillermo (1985). *Los contemporáneos ayer*. México: Fondo de Cultura Económica (Vida y pensamiento de México).

VALDÉS, Héctor (pról., sel. y notas) (1982). *Los Contemporáneos. Una antología general*. México: Secretaría de Educación Pública / Universidad Nacional Autónoma de México (Clásicos Americanos, 29).

ROMANCE DE JOSÉ CONDE





*Caricatura de Enrique González Rojo,
realizada por Saturnino Herrán, 1918.*

*A Marte R. Gómez*¹

¹ Marte Rodolfo Gómez Segura fue un ingeniero agrario tamaulipeco que desempeñó una labor diplomática en el país durante el tiempo de posguerra; abrazó la Constitución Mexicana de 1917 y formó parte del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Por su papel en la diplomacia, pudo impulsar la difusión del arte mexicano en la primera mitad del siglo xx. Creó un vínculo estrecho con Diego Rivera y tuvo correspondencia con muchas figuras artísticas como Mariano Azuela, Rodolfo Usigli y Daniel Cosío Villegas. Gonzalo Rojas muy posiblemente lo conoció a través de su padre, Enrique González Martínez, o a través de Jaime Torres Bodet, quienes también llegaron a tener un contacto con Segura; o bien, directamente a través del puesto diplomático que Enrique González Rojo tuvo en el Servicio Exterior de México.

ROMANCE DE JOSÉ CONDE¹

I

Pueblo que distas del mar
y apartado estás del monte;
balanza en que se hallan fijos
los dos platillos de cobre,
a cinco gramos por cada
una de las dos regiones.
Río que lame tus pies,
río que la arena sorbe;
nube que cruza tu cielo,
nube enredada en la torre.
¡Ay, que el viento se ha llevado
las campanadas de bronce!
Viento que vino y se fue
sin que sepamos adónde.

¹ Este poema de largo aliento se publicó por primera en Ediciones Letras de México en 1939, como homenaje póstumo. La edición estuvo al cuidado de Xavier Villaurrutia. Constó de 500 ejemplares numerados y fue impreso en el taller Fábula de Miguel N. Lira el 9 de noviembre de 1939.

Hay en tu plaza una escuela
—aula, patio, corredores—,
y en los días ya lejanos
de mil novecientos once,
mientras que los niños juegan
en el descanso, se oyen
tímida voz que pregunta
y otra grave que responde.
¡Ay, que el viento se ha llevado
las inquietudes y voces!
Viento que vino y se fue
sin que sepamos adónde...

II

El viento sopló del mar,
la boca amiga del viento:
sabor de sales marinas
en el conturbado cielo,
frescura en el corazón
y brasas en el aliento.

Apenas cruzó las dunas
mareadas de reflejos,
apenas rozó los campos
doblegados a su vuelo,
apenas movió los bosques,
apenas trepó a los cerros;
cuando su voz que se oía

como una lluvia de acero,
llegó barriendo las sombras
y asesinando el silencio.
Alguien que captó el mensaje,
alguien que supo entenderlo:
rayo de asombro en la nube,
grito de angustia en el suelo.
¡Viento que sopló del mar,
el mar, amigo del viento!²

III

Y saliera José Conde
en alas de su caballo,
lago de luz en los ojos,
negros de pasión los brazos.
Consigo lleva cien hombres
y cruza veloz el campo:
clarines como canciones,
espadas como relámpagos.

² En la versión publicada en la revista *Letras de México* (1939), esta última estrofa se encuentra separada en dos: la división se halla entre los vv. 10 y 11: “y asesinando el silencio. / Alguien que captó el mensaje”, de modo que el apartado II originalmente estaba constituido por tres estrofas. En esta edición se optó por conservar la forma que se presenta en la edición de Rousset Banda y Labastida (1987), puesto que se atañe más al sentido unitario de la estrofa, y además se atiende a la guía métrica que el poeta sigue en relación con una rima asonante ‘eo’ en los versos pares.

El polvo de mil senderos
se desparrama a su paso
y en nubes grises se prende
a las hojas de los álamos.
Galope que precipita
el sonido de los cascos
sobre las piedras absortas
y el asombro de los prados.

Ya saliera José Conde,
fuerza y pasión en el ánimo.
Al chocar armas y espuelas
entre sí, forman un canto
con las voces de los hombres
y el chillido de los pájaros,
con el rugir de los vientos
y el estallar de los látigos.

IV

Dos centinelas se yerguen
a la mitad del camino,
compañeros inmutables
desde hace siglos y siglos.
Si de cerca, de esmeralda;
si de lejos, de zafiro.
Siempre elevados y mudos
y solitarios testigos.

Aquel sostiene una antorcha
humeante, grave signo
de que aún vigila y espera,
sus broncos fuegos extintos.
Ella, a su lado, reposa
en su albo lecho de lirios,
la frente como de nardos,
verde el regazo de pinos.

Ángeles desde la altura
soplan su aliento divino
sobre los montes enhiestos
y los profundos abismos.
Viento sobre el valle insomne,
cruzado de campesinos
esfuerzos, llagado en surcos,³
siempre explotado y prolífico.

Y a los pies de los volcanes,
José Conde y sus amigos
oyen en alas del viento
el mensaje repetido.

³ En la versión de *Letras de México* y en la de Rousset Banda y Labastida, esta palabra aparece escrita como *zurco*. En el verso y en el contexto estrófico donde está colocada esta palabra no se alude propiamente a una posible conjugación del verbo *zurcir*, ni tampoco se destaca un juego fonético o semántico que evidencie el uso necesario de la *z*, por ello se optó por escribir esta palabra con *s*. Así, *surco* se entiende como la hendidura que se hace en la tierra con el arado.

Pájaros cruzan los aires,
peñascos saltan los ríos,
y los jinetes galopan
hacia el tremendo destino.

V

Soldados fueron los hombres
de anchos sombreros de palma,
de ojos tristes, pies desnudos
y de calzones de manta.
Soldados fueron un día,
soldados por la montaña,
soldados entre las sombras
y soldados por el alba.
Dejaron hijos, mujeres,
abandonaron sus casas;
posaron sobre sus hombros
la carabina pesada,
y prendieron en su pecho,
nueva cruz, las dos cananas.

Hombres de moreno rostro
fueron soldados, en blanca
procesión por los caminos
desde la tierra asoleada,
entre los pinos eternos
y hacia las cumbres nevadas.
Silencio humilde en la boca,

canto de fuego en las armas,
dejaron atrás jardines,
jardines de Cuernavaca,
los barrancos de verdura
y los arroyos de plata.

Con ellos va José Conde,
al frente de ellos cabalga,
y sus pasos van tan lejos
como alcanza su mirada.
Adelante van los ojos
y el temor queda a la espalda;
la frente va al pensamiento,
el corazón a las ansias,
los brazos a la fatiga
y los pechos a las balas.

VI

Mañanita de batalla,
¡quién viera sobre la loma
cómo se van las estrellas,
cómo se pierden las sombras!
La nieve de las montañas
de desnuda se sonroja,
y airecillos de la sierra,
vuelan, cantan, hielan, soplan.

Nacen al aire mil ecos
en el tambor que redobla;
llueve metal de clarines
y de acero con las notas;
manos crispadas empuñan
la bandera que tremolan;⁴
y los ángeles guerreros,
invisibles a la tropa,
pasan moviendo sus alas
firmes, de pausas sonoras.

Balas que cruzan el viento,
y un viento que las arroja
sobre los pechos humanos
abiertos en amapolas.
Miradas que se eternizan,
cuerpos que la tierra ahondan,
y cantos que ya no salen
de las entreabiertas bocas.

Y un descanso que es fatiga,
pero fatiga de gloria.
Duerme hermano con hermano,
mientras la tierra se abona,
con vino puro, perfecto,
rojo de sangre y de rosas.
¡Mañanita de batalla,
que te pierdas por la loma!

⁴ Tremolar: enarbolar los pendones, las banderas o los estandartes.

VII

— Si tú quisieras, morena,
ojitos de capulín,
toda la noche pasara
en tus brazos sin dormir.
Cansancio de la victoria
ya no existe para mí,
que fatiga de hombre nunca,
nunca la pude sentir...

Las manos sobre los hombros,
Los cuerpos sobre el tapiz
de la hierba, las dos bocas
que ya se quieren unir.

— Suéltame ya, José Conde,
déjame, que no es aquí
donde te daré mi cuerpo
oloroso a ajonjolí.
Ven a mi casa esta noche,
que no te sientan venir:
mi casa es aquella casa
rodeada de jardín.

Nadie escuchara sus voces
sino una serpiente vil,
sino la oreja traidora
que las fuera a repetir.

¡José Conde, José Conde,
tan descuidado y feliz,
la infamia que te preparan
quién te pudiera decir!

Aquella noche se acerca
silencioso hasta el jardín,
toca la puerta cerrada
que luego le van a abrir
manos blancas, negros ojos,
labios color de rubí,
cuerpo moreno a sus ansias
oloroso a ajonjolí.

VIII

— Date preso, José Conde,
que te encuentras bien cercado,
pues somos para ti solo
más de cincuenta soldados.
Inútil es que te ocultes,
porque te vende el caballo
que, con relinchos de miedo,
hiere el suelo con sus cascos.
¡Date preso, José Conde,
y saldrás mejor librado!

Voz que divide la sombra,
rumor que rompe el abrazo,

grito que separa cuerpos
unidos desde los labios.

— ¡Dónde mi camisa limpia,
dónde mi vestido charro,
dónde mis espuelas de oro,
dónde mi alazán dorado!

Montara como rancharo,
es decir, tan bien montado,
que atravesara las filas
de enemigos asustados;
saltara sobre una cerca
sin temor a los disparos
y como sombra en la sombra
se saliera del poblado.

Los caminos nunca vieron
una fuga de centauro
más veloz que la de Conde
con el pecho acribillado.
Detrás vuela la jauría
de cincuenta perros bravos,
lejos las fauces hambrientas
de la presa que acosaron,
mientras los ecos repiten
aullidos de desencanto.

José Conde se detiene.
El abismo de un barranco
se abre a sus pies. El destino
le pone el último obstáculo,
invencible a sus esfuerzos
de gigante, pero vanos.
Los mastines ya se acercan
con sus pelos erizados,
y ve en sus ojos la burla,
la muerte tras el escarnio.
— ¡Date preso, José Conde,
que te encuentres bien cercado!

Las espuelas del jinete
trazan surcos encarnados
y arrancan tiras sangrientas
de los temblorosos flancos.
Al castigo, el noble bruto
bate en el aire las manos,
sus patas clava en el suelo
y se rebela ante el salto.
Todo su cuerpo encabrita,
los ojos desorbitados,
y a sus soplidos de angustia
mezcla sudores de espanto.
José Conde corta el viento
con su voz y con su látigo,
y el rebelde bruto empina

su cabeza hacia lo alto
y pudo más el dominio
del hombre sobre el caballo.⁵

IX

Cayó del monte al barranco.
¡Pobrecito José Conde!
Su cuerpo herido cien veces
tierra maternal acoge
y aprieta contra su seno
de peñasco y de flores.
Le sirve de lecho el musgo
y de sábanas la noche;
un río lame la sangre
que se vierte a borbotones,
y el aire alisa en las sienes
sus cabellos en desorden.
Sólo una estrella lo mira,
con lívidos resplandores
que se encienden y se apagan
como faros en las torres.
Y él, para siempre tranquilo.
Los brazos en cruz y sobre

⁵ Los vv. 15 y 16 de esta estrofa (“y el rebelde bruto empina” / “su cabeza hacia lo alto”) no se encuentran en la versión de *Letras de México* ni en la compilación de 1987 de Rousset Banda y Labastida, pero sí en la antología de Héctor Valdés de 1982.

la tierra que le devuelve
el beso de los adioses.⁶

Alas del viento se llevan
por el espacio su nombre,
y los poetas lo cantan
y lo recuerdan los pobres.
¡Viento roto de los mares,
roto viento entre los montes,
viento que vino y se fue
sin que sepamos adónde!

Suenan, suenan las campanas
con campanadas de bronce,
y los ecos de la sierra
a las campanas responden.
Claman, claman los clarines
con clarinadas de cobre,
entre el llanto de los vientos
y el sollozo de los hombres.⁷

⁶ En la versión de *Letras de México* (1939), esta estrofa se encuentra separada en dos: la división se halla entre los vv. 16 y 17: “como faros en las torres. / Y él, para siempre tranquilo”. Al igual que se señaló en el apartado II, se conserva también aquí la forma de la edición de 1987. La conjunción copulativa con la que inicia el v. 17, la conservación de la rima asonante *oe*, así como la consistencia temática de la estrofa (hilada por la connotación del aspecto corporal de José Conde) son elementos que fijan el sentido unitario de estrofa.

⁷ Los últimos dos versos de esta estrofa aparecen en la antología de Héctor Valdés como “y las aguas en torrente / saltan y gimen acordes”. Aquí se optó por conservar los versos que aparecen en *Letras de México*,

Hay un silencio en la selva,
hay un sollozo en los hombres...
Mientras, cual pájaro libre
que escapa de sus prisiones,
los eternos campos cruza
mi maestro José Conde.⁸

Envío⁹

Tú, dedicado al gobierno,
pero después de la lucha,
y que paciente has medido

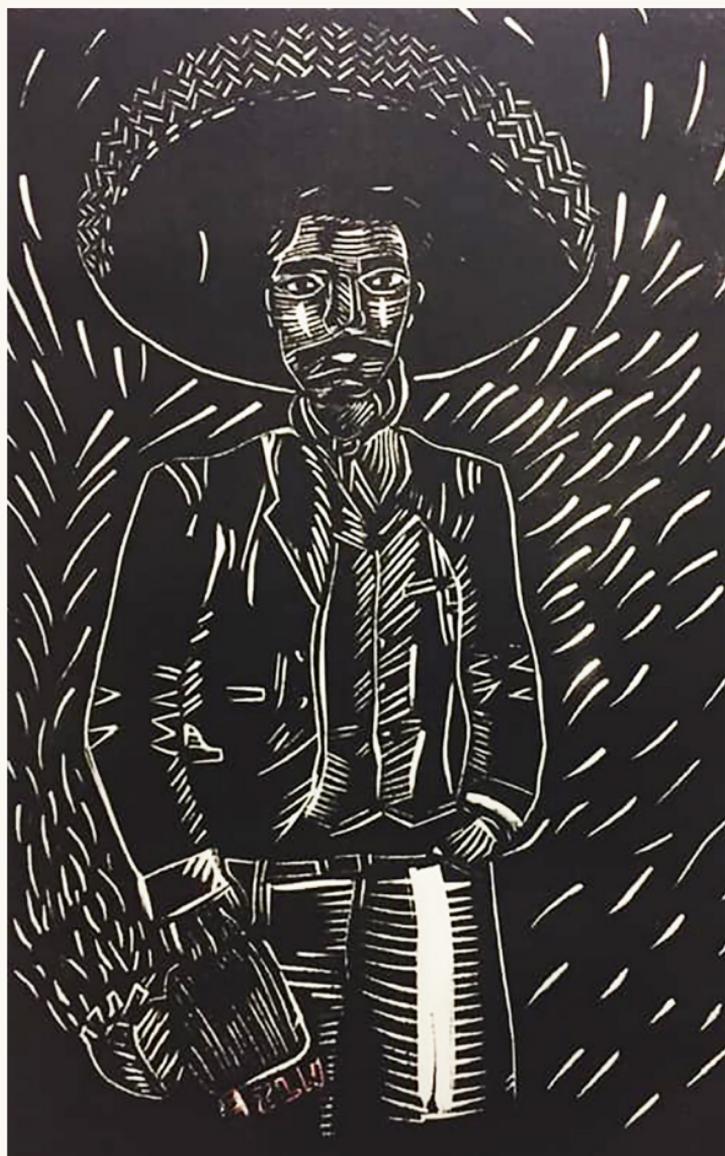
y que son replicados en la mayoría de las versiones que se tiene del poema. La decisión se suscribe al efecto que generan los versos, atendiendo a que constituyen el último apartado de la obra, donde el tono predominante es el del lamento, el sollozo y la melancolía. En apariencia, podría generar un efecto contrario la enunciación de las aguas saltarinas que connotan regocijo o júbilo.

⁸ Los vv. 1 y 2 de esta estrofa (“Hay un silencio en la selva, / hay un sollozo en los hombres...”) no se encuentran en la versión de *Letras de México* ni en la compilación de 1987 de Rousset Banda y Labastida, pero sí en la antología de Héctor Valdés.

⁹ El “Envío” parece ser un apartado rescatado con posterioridad a la primera edición del poema. A excepción de la primera publicación de la obra, el resto de las ediciones rescatan este apartado como un constituyente más que forma la integridad del romance. No se figura como un paratextos de la obra, sino que, a la manera de los cierres que conforman el corrido, el “Envío” se concibe como una despedida y como un aliento conclusivo de las hazañas del héroe.

los sembrados y las yuntas.
Tú, que repartes la tierra
entre las ansiosas turbas,
mano liberal que dona
la ofrenda piadosa y justa...
Oye en el poema el canto
de aquel que sobre la ruta
cayó, pero no vencido,
pues lo abona tu conducta.
¡Tierra! —clamó José Conde.
La tierra negra y madura,
la tierra para los pobres
y a su trabajo fecunda;
la tierra humilde y serena,
la tierra herida y convulsa,
la tierra que, ya pasadas
horas de dolor y lucha,
crece en panojas¹⁰ de ensueño
y de esperanzas futuras.

¹⁰ Mazorca del maíz, del panizo o del mijo.



Título: “Zapata vive”

Autor: Hortensia Aguilera

Año: 2019

Técnica: Grabado en linóleo

Medida: 17 cm x 21 cm



DESCARGA

LA COLECCIÓN COMPLETA





Romance de José Conde, de Enrique González Rojo,
se terminó de editar y digitalizar en marzo de 2022,
en el Departamento de Letras Hispánicas, División de Ciencias
Sociales y Humanidades, Campus Guanajuato, de la Universi-
dad de Guanajuato. La edición estuvo al cuidado de Mariana
Estrada, Sofía Espino Mandujano y Flor E. Aguilera Navarrete.